

Entrevista inédita con Ernesto de la Peña

El hombre sabio

Silvina Espinosa de los Monteros

Al cumplirse tres años de su muerte, Ernesto de la Peña sigue vivo en la amplitud y profundidad de una obra poética, ensayística y de traducción que cruzó por las geografías de varias lenguas y culturas, explorando las vetas intelectual y emocional de la condición humana. Recuperamos una conversación que el eminente estudioso otorgó para las páginas de esta Revista.

Doce días antes de su fallecimiento acaecido el 10 de septiembre de 2012, el escritor, lingüista y políglota Ernesto de la Peña (Ciudad de México, 1927) accedió a dar una amplia entrevista en torno a su vida y obra. Fue la última que concedió. Estaba por recibir el XXVI Premio Internacional Menéndez Pelayo. La entrega de dicha distinción se haría en un acto solemne en el Paraninfo de la Magdalena en Santander, España, pero su delicado estado de salud le impidió viajar, por lo que el 6 de septiembre se llevó a cabo una ceremonia en El Colegio de México en la que, en reciprocidad al premio otorgado, el también traductor impartió vía Internet la conferencia magistral intitulada “Las realidades en el *Quijote*”.

Cuando nos encontramos, este hombre considerado como uno de los 17 sabios del fin de milenio, se sometía dos veces por semana a sesiones de hemodiálisis; aun así jamás perdió su elocuencia, lucidez ni sentido del humor.

La conversación se llevó a cabo en el Centro de Estudios de Ciencias y Humanidades de la Fundación Telmex en la colonia Chimalistac, donde el maestro laboraba bajo

el abrigo de los pródigos conocimientos que reservaba para él su valiosa biblioteca. Esta es la primera vez que se publica una versión completa de aquel encuentro.

Además de haber recibido distinciones como el Premio Internacional Alfonso Reyes (2008), el Premio Nacional de Ciencias y Artes (2003) y ser miembro de la Academia Mexicana de la Lengua durante casi veinte años, Ernesto de la Peña escribió —entre otros libros— *Las estrategias de Dios* (Premio Xavier Villaurrutia, 1988), *Mineralogía para intrusos*, *Los Evangelios de Mateo*, *Marcos, Lucas y Juan* (traducidos directamente del griego original), *Las controversias de la fe* y *La rosa transfigurada*. Era especialista en ópera, poeta, traductor y una de las máximas autoridades a nivel internacional en el estudio de las religiones. Asimismo, se desempeñaba como conductor del programa *Operomanía* de TV UNAM y hacía una tarea de divulgación del conocimiento a través de cápsulas que se transmitían en el Instituto Mexicano de la Radio (IMER) y en el sitio de Internet Uno TV Noticias.

Al momento de nuestra charla este hombre de incontables saberes, cuyas características y virtudes serán

difíciles de encontrar nuevamente, tenía 84 años. Por mucho tiempo, su cabellera blanca y abundante barba nos remitieron a la imagen de un antiguo profeta que por la intensidad de su mirada, lo mismo podía convocar la ira de los dioses, que convertirse en repentino salvoconducto para la compasión y la ternura.

Aquella mañana estaba de buen humor. Sentado detrás de su escritorio, en el que tenía sendas esculturas de Dante y Wagner, De la Peña disfrutaba chupando una paletita de caramelo. Por momentos, en sus ojos se traslucía una placidez casi infantil.

¿Cómo se siente al haber sido distinguido con el Premio Internacional Menéndez Pelayo 2012?

Como es natural, me da mucho gusto, sobre todo porque Marcelino Menéndez Pelayo fue un erudito admirable, monstruosamente sabio. También es grata la sorpresa de que un premio español se haya fijado en mí. Desde luego, gracias a las gestiones del director de la Academia Mexicana de la Lengua, Jaime Labastida, que pudieron ser infructuosas, pero no lo fueron. Otra cosa que me da gusto es que entre los 22 premiados a lo largo de los años, haya seis mexicanos. Lo recibieron: Octavio Paz, Carlos Fuentes, Miguel León-Portilla, Margit Frenk y José Luis Martínez. Si no estoy equivocado, un año se da a un latinoamericano y al año siguiente a un español.

“TE VAS A MORIR DE HAMBRE”

¿Hubo algún suceso en su niñez que lo haya catapultado de manera tan asombrosa hacia el mundo de las humanidades?

Claro, yo nací en una biblioteca, la que tengo aquí en mi oficina. Mi familia era culta. Mi padre volvió a casarse y yo me crié con la familia materna; un medio hermano de mi madre era médico, helenista de primer orden, y tenía una gran biblioteca que a la postre yo vine a heredar. Fuimos cuatro hermanos, yo soy el menor. Desde niño tuve curiosidad, porque la biblioteca estaba en otras lenguas y entonces comencé a estudiarlas.

De aquellos años, ¿qué lecturas recuerda?

Los cuentos infantiles que me dejaron mucha huella fueron los de *Pinocho* y *Chapete* de Salvador Bartolozzi, que no tienen nada que ver con el de Collodi. Eran cuadernos muy bonitos e iluminados; y eran muchos, no sé si 30 o 40, yo los devoraba y me sabía partes de memoria. Luego ya más grande comencé a leer a Alejandro Dumas padre y mucha literatura española y francesa.

¿Cómo decide estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en la antigua sede de Mascarones?

Por fortuna, nunca tuve duda. Como el jefe de la familia era médico, yo decía irreflexivamente que lo

sería, pero no, ni loco. Cuando él murió yo tenía siete años y su hijo, mi primo, a quien siempre llamé padre porque lo fue, era abogado. Por lo que también creí que me dedicaría a eso, pero tampoco me gustaba. Sin embargo, llegó el momento en que había que decidir. Así que le comuniqué a mi papá: “Quiero estudiar letras”. Y él me dijo: “Pero te vas a morir de hambre”. “Sí, papá —le contesté—, pero me voy a morir feliz”. Así que me respondió: “No tengo nada más que decir. Métete y haz lo que quieras”. Entonces, a los 14 o 15 años me inscribí en un curso de ruso y ya luego a Letras Clásicas, que, hasta la fecha, han sido mis estudios favoritos. Recuerdo esa temporada en la facultad, ahí estudié griego y latín; una lengua antigua, que fue el árabe, y una lengua moderna, el alemán.

Usted tiene una anécdota muy curiosa relacionada con su padre y el idioma alemán...

Sí, mi papá siempre me estimuló en todos los sentidos y creo que incluso hasta se sintió orgulloso de mí, porque aunque no fui gran estudiante en secundaria, en la carrera, como ya era lo mío, sí le dediqué tiempo, algo que le daba mucho gusto. Aunque luego me ponía pruebas muy chistosas. Como le decía, yo había elegido el alemán como lengua moderna y un día me fui con él a comprar juguetes de Navidad para unos ahijados. Mi papá tenía un amigo dueño de una juguetería vastísima en el Centro. La cosa es que, además de otros muchos juguetes, ahí había un motorcito de coche alemán con diferentes piezas y el chiste era armarlo para que funcionara con cran. Para no hacer el cuento largo, al final, compramos una bola de chivas para nosotros y a los ahijados sólo unos gorritos. Entonces, ya en la casa me dijo: “Conque tú sabes alemán. Ahora me vas a armar eso”. Leí el instructivo y se lo armé. No sabe la satisfacción la que le dio, de veras que mi papá me conmovió, porque a la máquina se le ponía un poco de aceite y le subían y bajaban los pistoncitos. ¡Era precioso el motorcito! —*recuerda con un dejo de nostalgia en el tono pausado de su voz.*

CURIOSIDAD DESBORDANTE

Algunos de los grandes escritores y filósofos han arduo en su interés por explorar la condición humana, pero sólo en casos de excepción se han sabido prodigar en tantos saberes. ¿A qué atribuye el que usted sí lo haya podido hacer?

Bueno, yo no tengo tantos saberes. Lo que pasa es que he sido muy chismoso, que es distinto. Tengo una enorme curiosidad por todo. Me pongo a leer una novela y si esta menciona a un personaje histórico que no conozco, le sigo la pista. Luego está también cómo lo juzga el autor. Esa es otra manera. En la biblioteca que me heredaron había una parte de libros de medicina



Ernesto de la Peña

(coto cerrado para mí), pero también mucha historia, literatura, geografía, filosofía, ciencias sociales, algo de ciencias ocultas, un poco de todo. Yo me asomaba a todo y lo sigo haciendo. En verdad tengo una gran curiosidad. Aunque me da tristeza. Espero vivir mucho, aunque no es probable, pero el tiempo que me quede de vida quiero seguir averiguando cosas y escribir sobre ellas.

Pero usted no es cualquier curioso. Puede comprender 30 idiomas y habla... ¿seis o siete?

Hablo español, inglés, francés, italiano, alemán y antes hablaba algo de ruso, aunque se me ha ido. Árabe, lo estudié en la facultad, pero nunca lo hablé. He estudiado las lenguas como un vehículo para las literaturas, porque me gusta mucho leer a los grandes escritores en su lengua original, ya que por buena que sea una traducción, no es lo mismo.

Según la Academia Mexicana de la Lengua, Ernesto de la Peña también hizo estudios de sánscrito y lingüística europea, de chino en El Colegio de México y de hebreo en la Escuela Monte Sinaí. Asimismo, de manera independiente se interesó por otras lenguas antiguas y modernas, no sólo occidentales sino también orientales.

¿Qué significa para usted el lenguaje?

El lenguaje es la invención más portentosa del hombre, riase de la computadora y de la red de Internet.

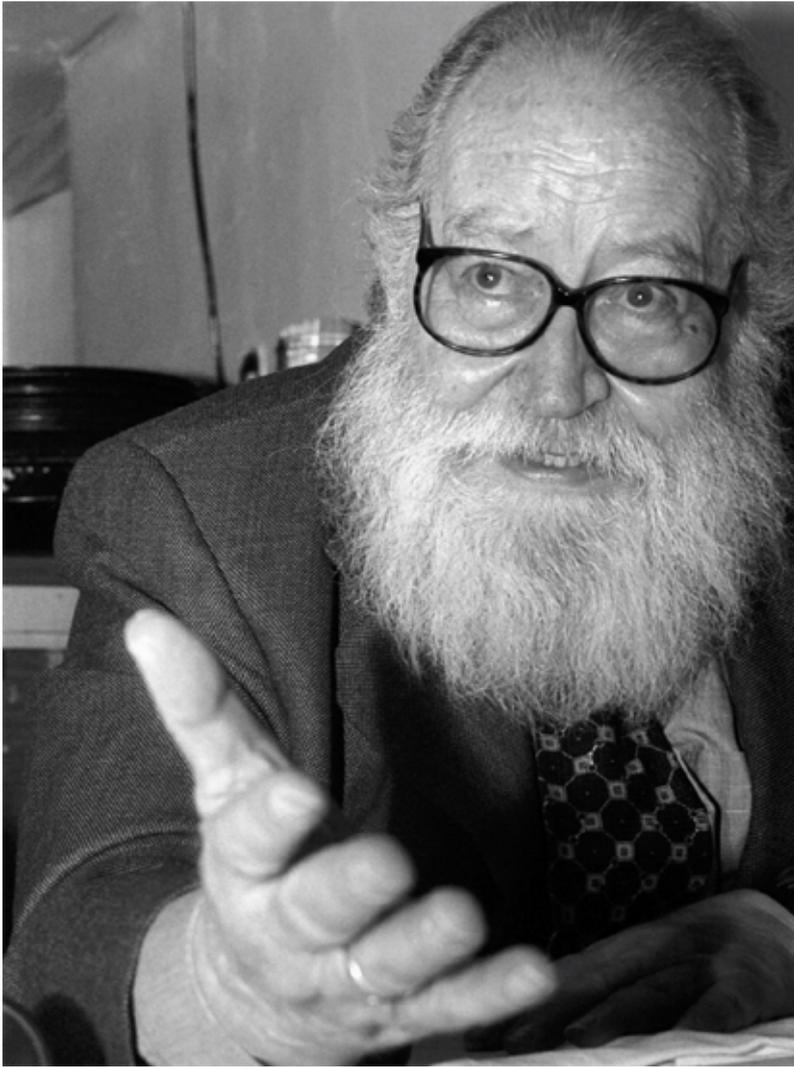
Ninguno de los dos existiría si no fuera por él. Además, una sola palabra tiene muchos matices, porque posee todo el valor afectivo que va íntimamente ligado al gesto, al movimiento de las manos, los ojos y la posición corporal.

Me imagino que no fue fácil despojarse del cúmulo de conocimientos que usted tiene, de un bagaje erudito e incluso racional, para desnudarse a través de la escritura poética. ¿Cómo logró hacer eso?

Porque son dos departamentos de mi alma. Una es mi vida afectiva, emocional y pasional, y la otra es mi vida intelectual. No necesito hacer ningún esfuerzo. Ahí están los dos, conviven tranquilamente. Y, en cierto momento, nadie me lo anuncia, sale algo que sólo yo sé que se convertirá en poesía. La poesía para mí es lo más importante. Desde niño lo fue y la he venido cultivando. No la había publicado sino hasta muy recientemente. Y, aunque me puedo equivocar, según yo, es la mejor parte de lo que he escrito.

Su poesía es vehemente y tempestuosa, se advierte que es la de alguien que ha vivido intensamente...

Sí, porque ¡yo me daba unas enamoradas! —*confiesa con una franca sonrisa*—. He escrito mucho para mujeres de las que me he enamorado, desde luego; pero también sobre la condición humana y el destino (no creo en el más allá), el sentido de la vida (que no le encuen-



tro ninguno); pero me aferro a ella (porque no tengo de otra); en fin, a todo eso. Lo cual plantea un enigma trágico para cualquier ser humano, porque cuando uno tiene resuelto el más allá —digamos, si uno siendo católico, por ejemplo, cree que con que el cura le eche la bendición, ya va a estar tocando la lira (algo que, por otro lado, sería muy aburrido)— estaría tranquilo. Pero no, yo no tengo esa tranquilidad. Nunca la he tenido. Desde chico he tenido esa conciencia de la muerte de manera muy vívida.

Además de haber traducido los cuatro evangelios directamente del griego [trabajos publicados en uno de los tomos de su Obra reunida, publicados por Conaculta], a usted justo le ha interesado traducir a poetas particularmente intensos, como Rilke, Hölderlin, Allen Ginsberg...

A Ginsberg lo traduje en condiciones terribles para mí, ya que acababa de morir mi mamá y ese es un poema desgarrador, porque su madre muere loca. Es un texto muy largo, leído dura como media hora y además tiene bastantes problemas de traducción, puesto que usa palabras en varios sentidos debido a que Ginsberg era un poeta *beat*. Por la rapidez, creo que no logré dárselos del todo, pero me urgía hacer esa traduc-

ción. Apareció hace muchos años en la revista *El Corno Emplumado* con Sergio Mondragón y no se ha vuelto a publicar. Creo que fue en el número 14 o 19. Por otro lado, también traduje el reverso de la medalla: *El lance de dados* de Mallarmé, que es un poema más matemático, frío, maravilloso y muy difícil. Como que son los dos extremos.

ERUDICIÓN Y SABIDURÍA

Algo que llama la atención en los textos que escribió en su 80 aniversario es que usted siempre ha mantenido una posición esencial: el sentido del humor y no tomarse tan en serio...

Definitivamente. Ha sido una forma espontánea de vivir, porque yo de joven recibí una lección. Estaba en la edad de la punzada y, como sabía algo más que mis condiscípulos, me sentía la mamá de Tarzán. Por lo que una vez mi papá me advirtió: “Sí, sabes algunas cosas más, pero ni creas que tanto. Del tema que más conozcas, a lo mejor se te presenta alguien a quien incluso desprecias, te hace una pregunta y te para de manos, porque no sabes contestarla. De modo que bájate los humos”. Y aprendí la lección. Hay temas que conozco bien, pero no pienso que sólo yo sé de eso. Cuando estoy en una conversación y se está hablando de algún asunto que conozco, emito mi opinión. Si me corrigen y me demuestran que estoy equivocado, lo acepto. Y claro que prefiero no equivocarme, pero lo que sí detesto es la pendería. Se me hace una actitud falsa, de gente que no tiene verdadero valor, de personas que sólo disimulan y quieren apantallar.

Lo que sucede es que usted reúne dos características que a menudo se confunden: erudición y sabiduría...

Dicen que el erudito es aquel que sabe casi todo sobre casi nada. Y es muy cierto. Hay eruditos muy especializados en una materia, pero que no saben nada de la vida. En cambio, la sabiduría consiste en aprovechar lo que la vida te va ofreciendo para tu riqueza espiritual y así poder saber reaccionar ante situaciones difíciles de resolverse. La sabiduría viene de la experiencia y es muy larga de adquirirse, además de que también entraña cierta conciencia de todo aquello que aún se ignora. A mí, por ejemplo, me ha interesado mucho la *Biblia*, no por el aspecto religioso sino lingüístico. Me interesa conocer las lenguas en las que fue escrita originalmente. Pero de ahí a decir que uno domina las ciencias bíblicas es una estupidez. Si usted se mete a ver la bibliografía bíblica de un solo tema, no le alcanza la vida para leer todo lo que se ha escrito. Uno puede decir: “He estudiado durante 15 años tal cosa”. Sin embargo, a lo mejor acaban de publicar algo nuevo que modifica todo lo que usted ya sabe. Así que eso lo baja a uno y lo pone

en el nivel que uno debe tener. La verdad es que nos falta mucho por conocer.

Don Ernesto, ¿qué opinión le merece haber sido considerado en su momento como uno de los 17 sabios del fin del milenio?

Eso surgió por un grupo de mujeres, sobre todo, si no recuerdo mal, encabezado por Carmen López Portillo, la actual rectora de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Se unieron como cinco o seis instituciones más y entre todas decidieron quiénes eran nuestros últimos sabios del siglo XX. Una elección bastante extraña porque estaba, por ejemplo, Santiago Genovés, que era un hombre muy atrevido, pero si consideramos sabio a quien sabe muchas cosas, que yo sepa, pues él no era precisamente eso. También estaba la mamá de la académica Margit Frenk, Mariana Frenk, que sí era una mujer muy sabia y que murió a los 106 años; y ya no recuerdo quién más... pero en mi concepto de sabio, yo tampoco hubiera estado —*admite risueño*—. En fin, hicieron una ceremonia en la Casa Lamm y ahí nos echaron incienso y a todo eso le dieron mucha publicidad. Pero nada más.

¿Qué desearía decir a sus herederos en materia lingüística y filológica?

Que el estudio de las lenguas es una oportunidad para conocer el modo de ver el mundo de otros pueblos. Independientemente de saber el idioma, uno no puede comprender a cabalidad el sentido de la vida o de la existencia sin tener el contexto histórico de un alemán del romanticismo y otro de la época clásica. Pero no vayamos lejos. La latitud geográfica del español es portentosa. En nuestra propia lengua, el español de Cervantes, el que usa Valle-Inclán y el de García Márquez son muy distintos. Si alguien quiere entender lo más posible a Cortázar o a Borges, más le conviene saber algo de lunfardo y lo que pasaba en la Argentina de ellos. Si quiere leer a Rulfo y no tiene idea del campo mexicano, está perdida, porque habla de una realidad muy adobada por él, pero también es nuestra realidad. Lo que le diría a esas personas es que si quieren estudiar lenguas, independientemente de usarlas como forma expresiva, lo hagan para conocer otras mentalidades.

Actualmente usted está trabajando en un extenso ensayo sobre François Rabelais [1494-1553], ¿por qué le interesa este escritor francés?

Rabelais era un personaje maravilloso, una fuente de alegría. Encarnaba todo un contraste humano. Él era médico, pero antes había sido cura; tuvo hijos y fue diplomático. Como médico en su momento ejerció y al mismo tiempo fue un gran erudito, sobre todo en lenguas clásicas: griego y latín, además de ser medio discí-

pulo de Erasmo de Rotterdam. A pesar de haber sido fraile no era católico y se hizo evangelista. Contó con el apoyo de Margarita de Navarra, hermana del rey Francisco I, por lo cual se salvó de ir a la hoguera en alguna ocasión. Es un autor difícil de leer, no sólo porque es del siglo XVI, sino porque inventa palabras y hace muchas alusiones cultas; sin embargo, es una fuente de gozo e inventiva. Llevo muchos años escribiendo eso aunque no continuamente, porque he tenido mucho trabajo; sin embargo, espero que el libro salga este año. Me lo va a publicar el Fondo de Cultura Económica.

VOCACIÓN POR EL CONOCIMIENTO

Después de estar inmerso en tantas culturas y épocas, ¿a qué hallazgo, conclusión o confirmación de alguna sospecha ha llegado respecto a la condición humana?

A que es igual en todos los tiempos y latitudes. Desgraciadamente lo que dijo Hobbes es cierto: “El hombre es lobo para el hombre”. Yo no conozco, con las excepciones de rigor, un pueblo entero que sea generoso con el vecino. Todas las fronteras son fuentes de problemas continuos.

Quizás otra cosa similar es que en situaciones límite, el ser humano es capaz de los máximos actos de solidaridad, pero también de las vilezas más absolutas...

Sí, claro. Acuérdesse del poeta persa Omar Khayyam, que dice, palabras más palabras menos: “Envié mi alma a través de las tinieblas y cuando regresó de allá me dijo: eres por igual cielo e infierno”. Y eso es cierto. Todos somos capaces de las peores abyecciones y de momentos sublimes. A través de los siglos, el hombre ha progresado en muchísimas cosas notablemente, pero respecto a sí mismo, nada: seguimos en las cavernas.

¿Por qué ha valido la pena dedicar su vida al supremo deleite del conocimiento?

Porque ha sido mi vocación. Muchos años sobreviví como traductor y en alguna época gané bastante dinero. Que yo recuerde sólo en periodos muy breves he trabajado en algo que no me gustara. Fui perito traductor de la Secretaría de Relaciones Exteriores y generalmente era aburrido, pero no desagradable. En otro momento, fui también traductor de la Procuraduría y ahí sí tenía que ir cuando me hablaran, escuchar testimonios y ver despanzurrados. Por eso tuve que decir: “No”. Yo estaba brujísima, pero preferí morirme de hambre. De ahí en fuera, he tenido el privilegio de dedicarme a lo que me gusta y eso no se paga con nada en la vida —*concluye este hombre excepcional, a quien de manera póstuma le fue otorgada la Medalla Belisario Domínguez por el Senado de la República.* **U**